

guerra de Reforma, los conventos y monasterios y las fincas pertenecientes al clero, quedaron en poder del Gobierno y de los que denunciaron la posesión de estas fincas.

Este despojo fué, políticamente hablando, la restitución más justa que pudo exigirse al clero, á esa agrupación que, con el cúmulo de sus riquezas, era trastornadora eterna del bienestar público.

Desde el punto de vista económico, puede muy bien decirse que la confiscación de bienes, determinada en su forma por leyes vigentes especiales, viene á ser para la administración pública un reintegro de lo que ella ha perdido, bien sea por los gastos no satisfechos al arancel de aduanas, bien para restituir á la Nación lo que indebidamente estaba en poder ajeno.

El contrabando marítimo y terrestre, la defraudación de los caudales públicos y el peculado, pueden ser motivos para la confiscación de bienes, sin perjuicio del castigo que señalan en cada caso las leyes penales para los delincuentes.

Las confiscaciones, en esta forma, son el aseguramiento de los bienes comunes, la solidaridad del tesoro público.

CAPITULO VIII.

CONSUMO.

I

DEL CONSUMO EN GENERAL.

Por consumo no debe entenderse el aniquilamiento de las cosas materiales, sino la destrucción de las formas y propiedades que las hacen necesarias, útiles y apetecibles. Consumir los productos del trabajo, es privarlos de la utilidad y del valor que el trabajo les ha comunicado; de aquí resulta que no se debe apreciar el consumo por el tamaño, peso ó medida de las cosas consumidas, sino exclusivamente por su valor.

El consumo, según esto, en idioma científico, es sinónimo de uso; nadie produce sino para que los productos se usen ó se consuman. El consumo es el fin y el único objeto de la industria humana, y la producción no es más que el medio de conseguir aquel fin.

Todos los productos del trabajo, del arte y de la industria, están destinados á ser consumidos ó usados; y si este resultado no se logra, resulta una pérdida, como sucede cuando se almacenan y acumulan los granos, el vino y el aceite en las trojes y en las bodegas.

Todo producto, en tanto es útil, en cuanto satisface una necesidad y proporciona un goce, ó bien en cuanto se convierte en capital y da lugar á una reproducción de valor mayor que el que antes tenía.

En el primer caso, diferir su uso es crear una privación; en el segundo, es inutilizar una porción de riqueza y perder la ganancia que debería resultar de su aplicación.

Pero aunque la producción no tiene más objeto que el consumo, abstengámonos de creer que todo consumo es igualmente ventajoso á la sociedad y al individuo. Si un capitalista emplea un cierto número de operarios en edificar una casa y en destruirla después, el trabajo de estos hombres y el capital que les ha pagado en forma de jornales, quedan destruidos para siempre y no han dado de sí la menor utilidad, ni al público ni al capitalista. Pero si el mismo capital y el mismo trabajo se hubiesen empleado en una sementera de trigo, ó en una fábrica de tejidos, se habrían obtenido productos de más valor que el capital. El valor del retorno ó la ventaja que resulta del consumo, es el verdadero crisol que nos da á conocer si es ventajoso ó desventajoso, ó como dicen los economistas, si es productivo ó improductivo, los productos se consumen productivamente cuando la ventaja ó beneficio que resulta, ó cuando el valor de los productos por los cuales se cambian, son superiores al capital invertido, ó improductivamente cuando son inferiores. La prosperidad ó decadencia de una nación depende de su balanza entre la producción y el consumo.

Si el consumo excede á la producción, el capital se disminuye y la decadencia de todos los ramos de prosperidad pública es inevitable.

La acumulación de los productos por falta de consumo, no puede considerarse como un crecimiento de capital, porque, lejos de ser así esa acumulación, es á veces causa de la destrucción de la industria, del comercio, de la circulación y del crédito, ora proceda esa falta de consumo de la pobreza, ó de la mala calidad de los productos, de la dificultad de las comunicaciones ó de cualquiera otra causa.

Mucho tiempo ha prevalecido entre los moralistas la opinión de que el trabajo empleado en objetos de lujo era improductivo porque lo era también su consumo. Donde no hay demanda, en vano será que se acumulen las obras de la industria humana. Sismondi y Maltus, en oposición á estas ideas, pretenden que la facultad de producir puede traspasar sus límites naturales, y que en estos casos es preciso que suceda una de dos cosas, ó que los productos se arruinen ó que se haga en los mercados un gran consumo improducti-

vo, es decir, superfluo, inútil y de mera prodigalidad. ¿Puede verificarse una plétora general en los mercados de tal manera que los géneros se acumulen en cantidad superior á las necesidades y á la demanda? Conviene definir exactamente los términos de la cuestión y comprender lo que los economistas distinguidos que la han tratado han querido decir al hablar de la inacción completa del tráfico en consecuencia de la superabundancia general y excesiva de los productos.

La Economía Política no estudia las cosas de este mundo sino desde un solo punto de vista: su aptitud á satisfacer las necesidades, ó en otros términos, su valor. ¿Es posible que lo que tiene valor en cambio llegue á producirse con tanto exceso que suspenda enteramente la demanda?

Cuando examinamos la variedad de deseos que abriga el corazón humano, tan fáciles de excitar y tan difíciles de satisfacer, no se concibe cómo pueden sobrar los objetos útiles. Los precios bajan con la abundancia; pero esta circunstancia no extingue el carácter útil de las cosas, y mientras este carácter exista es imposible que falte quien las apetezca. Es una proposición evidente que una producción muy activa, una producción que deja un sobrante después de satisfechas las necesidades públicas, provoca nuevos consumidores, y el efecto inmediato es un aumento de población análoga al exceso de lo producido sobre lo consumido. En los Estados Unidos del Norte hubo un exceso de tierras cultivables; apenas se pusieron en venta, acudieron á millares los compradores. El exceso continúa, y la venta no decae. La consecuencia ha sido duplicarse la población en cada período de diez años.

Algunos economistas dividen el consumo en productivo é improductivo, presentando una ingeniosa teoría; Adam Smith, que es uno de ellos, divide la sociedad en dos grandes clases. La primera se compone de los que fijan ó realizan el trabajo en objetos que sobreviven al trabajo mismo. La segunda, de aquellos cuyo trabajo no deja nada permanente, como los médicos, los actores dramáticos y los funcionarios públicos. Los primeros—dice—trabajan productivamente; los segundos al contrario.

Pero no por esta diferencia rebaja ni quita la importancia del trabajo de los segundos; antes bien, reconoce que muchos de ellos son necesarios en una sociedad bien constituida, y todos pueden ser apreciables y dignos de la estimación pública.

II

DIVERSAS CLASES DE CONSUMOS.

El consumo es todo lo contrario de la producción. Con ésta se aumentan nuestras riquezas; con aquél se disminuyen. Las tierras feraces producen toda clase de granos y legumbres alimenticias, y al producirlas enriquecen los propietarios de dichas tierras; pero ellos también tienen que alimentarse; consumen, pues, una parte del grano ó de las legumbres de sus sembrados, y esto que consumen para sí viene constituyendo un rebajo en sus productos. Quien cría ganado tiene pieles por producción, y esta producción aumenta su riqueza; mas vistiéndose y calzándose consume una parte de las pieles y este consumo disminuye su riqueza. No obstante, esta disminución de caudal no es derroche, ni perjudica como tal, porque el consumo es necesario para la vida como la vida para el trabajo, como el trabajo para la producción que aumenta los capitales, enriqueciendo á los que los manejan. Sin embargo, debemos distinguir las diversas clases de consumos que hay porque no todos son útiles y necesarios al progreso. Los hay onerosos y retrógrados, de la misma manera que los hay altamente productivos y fructuosos. Esto se conoce y aquilata, aquilatando y conociendo las cosas consumidas y la clase de consumidores, como también las circunstancias en que se consumen. Teniendo todas necesidades más ó menos apremiantes, somos, sin excepción alguna, consumidores todos. Porque el consumo proviene de las necesidades, y no hay en el orbe ser alguno que no las tenga. Mas si consumidores somos porque consumimos tales ó cuales objetos que nos son útiles, claro es también que somos propietarios, pues de otra manera sería aberración que pudiésemos consumir no teniendo arbitrios con que hacerlo. Si consumimos, consumimos algo que forma nuestra riqueza, y si poseemos riqueza es evidente que somos propietarios de ella. El asalariado no tiene más arbitrio para subvenir á sus necesidades que su trabajo: éste es, pues, su riqueza. Su salario lo consume diariamente pagando su alimentación constante, la habitación que lo alberga, el vestido que lo cu-

bre. Y si no se cobijara sus carnes, si no tuviera un hogar donde descansar, si le faltara el sustento cotidiano, no podría adquirir recursos para cubrir sus necesidades en lo sucesivo. El consumo que hace el asalariado es fructífero, es útil, es necesario. Mas considerando este consumo desde otro punto de vista, llegaremos á convencernos, si escudriñamos minuciosamente que el verdadero consumidor en este caso es el capitalista que paga los salarios de sus obreros. Riqueza suya es la que se consume; por tanto, él es el verdadero consumidor. Pero en este caso esta clase de consumo es aún más provechosa que el anterior, porque—y esto se comprende sin esforzar mucho la inteligencia,—si bien es que tiene que consumir grandes cantidades para fomentar á sus obreros, también es cierto que éstos con su trabajo corporal aumentan con creces sus riquezas y son más grandes, sin duda alguna, las sumas que ingresan á sus arcas por medio de la producción que las que salen de éstas por el constante consumo que sus obreros le originan.

El consumo oneroso es aquel que se ejecuta sin que necesite el que lo hace de la producción. ¿Cómo puede ser esto? No es un problema de difícil solución, y vamos inmediatamente á explicarlo. No es muy común en el caso; pero sí se ve en la sociedad en que gravitamos. Hay algunos individuos que, poseedores de cuantiosas sumas, se cuidan poco de hacer evolucionar sus riquezas. No las destinan á ninguna clase de industrias, y si acaso, lo más que hacen es ponerlas á réditos. Estos individuos satisfacen sus necesidades con sus rentas, de suerte que sus riquezas no aumentan, pues no sirven para fomentar ninguna industria, y si no hay producción y sí consumo, necesariamente este consumo es oneroso. Hemos, pues, evidenciado que el consumo puede ser de dos maneras: el que los capitalistas ineptos hacen y cuyo consumo no es nada provechoso, y en ciertas ocasiones viene siendo hasta perjudicial, y el que hacen los capitalistas activos que por medio de su trabajo duplican la producción y cuyo consumo viene siendo necesarísimo para la continuidad del crecimiento de los capitales.

III

RELACIONES ENTRE LA PRODUCCIÓN Y EL CONSUMO.

Vamos á dar á conocer lo que son riquezas, cómo se forman éstas y cuál es su utilidad. Riqueza es la continuidad de productos acumulados por el ahorro y emanados del trabajo. Se forman por medio de una constante laboriosidad adunada á una proverbial economía, consistente en procurar aumentar las producciones y disminuir los consumos de una manera acertada, que no traiga consigo el desequilibrio. La moderación unida al cálculo, es cualidad indispensable á los economistas, pues una moderación exagerada puede ser tan perjudicial como una prodigalidad sin límites. Respecto á la utilidad de las riquezas es ineludible, pues es con ellas con las que satisfacemos todas las necesidades de la vida. Utilidad, según el Sr. Lic. Contreras, "es la propiedad de servir con más ó menos eficacia para la satisfacción de una necesidad, reconociéndose y graduándose aquella á juicio de la persona que sienta ésta." Así como experimentamos la necesidad de considerar la utilidad con relación á la persona y con relación á la cosa; es decir, de dos diferentes maneras. La utilidad nos parece mayor cuanto más necesitamos del objeto requerido y menos facilidad hay de poseerlo, aunque en realidad sea la misma.

Si la persona que desea satisfacer una necesidad encuentra obstáculos para ello, cuando logra su objeto experimenta doble satisfacción. El hombre, con su natural inteligencia y sin que nadie se lo enseñe, tiene tendencias á conservar cuanto más pueda los elementos de su bienestar; pero no sólo le es preciso esto, sino aprovechar lo que le sobre, después de haber llenado todos sus deseos. ¿Cómo debe obrar para conseguirlo? El canje le presenta indudablemente la solución del problema. Lo que no puede utilizar un individuo, pueden utilizarlo los demás. Por eso dimanó la costumbre del cambio entre las razas primitivas. Lo que se canjea produce riqueza, y esta riqueza se aumenta más, mientras más abundan los elementos con que cuenta el individuo. Mas para que las riquezas sean útiles, necesario es que tengan valor, el cual tiene

por base única la utilidad, pues en ésta consiste y en la rareza del objeto. Un objeto, mientras más común es, tiene menos valor, y este valor aumenta mientras el objeto es más raro, más difícil de obtener.

El cambio es necesario, indudablemente, para que el valor aparezca, y este valor no siempre puede ser fijo, pues depende siempre de la mayor ó menor apreciación que se hace del objeto de que se trata ó del servicio prestado. Si por insignificante que sea un servicio que se nos preste, lo estimamos en mucho, es evidente que el valor de aquel servicio es mayor que el de cualquier otro servicio de más consideración, pero al cual no le damos gran mérito. Confundir la riqueza con el capital es una aberración imperdonable. Porque si es cierto que el capital lo forman hasta los más pequeños útiles de trabajo, no es cierto que estos útiles mismos constituyan la riqueza del individuo. Riqueza y capital son dos diferentes cosas. El capital podrá ser—y no sólo podrá ser sino que lo es—la fuente de la riqueza; pero no es la riqueza misma. La riqueza es el conjunto de producciones ahorradas; pero si estas producciones germinan del capital, no por eso son el capital mismo. El capital puede poseerse sin ser rico; puede encontrarse en donde no se encuentre la riqueza. La riqueza, por el contrario, no puede hallarse sino unida al capital que es el que la produce. Sin capital no hay riqueza, y sin riqueza sí puede haber capital. No es, pues, riqueza como algunos economistas lo han supuesto, la que está formada por todos aquellos objetos que nos sirven para la producción. La riqueza es la producción misma. Si la producción aumenta y el consumo disminuye, la riqueza crece. Si el consumo y la producción van acordes, la riqueza se estaciona. Mas si el consumo es mayor que la producción, la riqueza decrece, disminuye, se agota.

No solamente útil debe ser la riqueza para ser perfecta. La condición que la pone en el más alto grado de perfección es la de ser apropiable. Si el individuo no tuviera la evidente seguridad de poder usar ilimitadamente de aquella riqueza que producen su capital y su trabajo, el capital permanecería siempre en un mismo estado, sólo produciendo lo más necesario para cubrir las necesidades de la vida y el trabajo no tendría estímulo alguno, pues que no habría recompensa.

La sociedad en que vivimos está organizada sobre bases muy sólidas y en los códigos que la gobiernan están asentados los más

sanos principios que hacen del respeto á la propiedad un firme impulso para todos aquellos que empeñándose en acrecentar sus bienes, trabajan constantes y anhelosos, no sólo por sí y para sí, sino por la comunidad y para la comunidad de que forman parte.

Hombres eminentes han utilizado sus esfuerzos intelectuales en hacer comprender á sus contemporáneos que del derecho de propiedad emana nada menos que la felicidad y el progreso de los pueblos, y uno de nuestros prohombres, nuestro inmortal compatriota D. Benito Juárez, encerró en una sola máxima el espíritu de todo lo que á este respecto se ha dicho, cuando con enérgica expresión asentó que "el respeto al derecho ajeno es la paz." Y la paz es el bienestar social, la faz más agradable que una generación puede presentar ante el porvenir.

CAPITULO IX. EL TRABAJO.

I

PRELIMINARES.

Se entiende generalmente por trabajo, la acción de las facultades humanas aplicadas á la producción. La naturaleza ha sido tan sabia que no ha dado al hombre miembros que no pueda utilizar. Para satisfacer las necesidades más urgentes, tales como la de comer, dormir, abrigarse, etc., es necesario que el hombre trabaje, es necesario que compre su día por medio del esfuerzo y de la fatiga.

A excepción de algunos casos particulares que no tendrían sino una importancia muy secundaria, los objetos naturales no pueden servir para satisfacer las necesidades del hombre, sino después de sufrir algunas transformaciones por medio del *trabajo*. La fiera en el bosque, el pez en el mar, no sirven para alimentar, si no son muertos, desollados, despedazados y sometidos á cualquiera operación culinaria que, por grosera que sea, implica un esfuerzo del espíritu y del cuerpo, constituye un *trabajo*. La transformación de los objetos por medio del trabajo, varía hasta lo infinito. Si muchas veces deja al elemento su forma y naturaleza primitivas, puede suceder también que el trabajo transforme por completo los objetos naturales, como por ejemplo, en la porcelana de Sèvres, en la cual es muy difícil descubrir el granito descompuesto de que está formada.

Pero la Naturaleza no da solamente la materia, proporciona tam-